

# poder de la imaginación

técnica es la escritura misma: la escritura de la historia y la escritura de la novela unidas en la escritura de una vida que sólo puede ser nuestra si nos hacemos cargo de la vida del otro. Yo, el Supremo es una voz dirigida a ti el lector, pero también a la figura histórica del Doctor Francia, al personaje fictivo llamado "El Supremo" y a Augusto Roa Bastos el escritor paraguayo. Se inicia, bíblica y literalmente, con la escritura sobre la pared. Un panfleto ha clavado un pedazo de papel a la puerta de la catedral (Intimaciones de rebelión luterana) con la firma falsificada de El Supremo. en este documento apócrifo, el Dictador Perpetuo ordena que "al acaecer mi muerte mi cadáver sea decapitado; la cabeza puesta en una pica por tres días". Convocado por las campanas de la Iglesia, el pueblo debe acudir a ver la cabeza de El Supremo; toda su casa civil y militar debe ser ahorcada inmediatamente.

Este anuncio por el Tirano Eterno de su propia muerte desata la escritura protelica de la novela. El dictador le exige a su incompetente secretario que localice al autor del libelo (jamás se ubica). El secretario apunta los dichos de El Supremo. El Supremo los corrige, le habla a su perro Sultán, escribe sus propios secretos en un cuaderno privado que en realidad es, con un simpático gesto dickensiano, "un libro de comercio de tamaño descomunal, de los que usó El Supremo desde el comienzo de un gobierno para atentar de puño y letra, hasta el último real, las cuentas de tesorería". Ahora en estos folios, El Supremo escribe, "Inconexamente, incoherentemente, hechos, ideas, reflexiones, menudas y casi maníáticas observaciones sobre los más distintos temas y asuntos; los que a su juicio eran positivos en la columna del Haber; los negativos, en la columna del Debe", dice el Compilador que va anotando sus observaciones a lo largo de la novela, creando así un segundo texto espectral, paralelo a, a veces opuesto a, a veces en apoyo de, las divagaciones de El Supremo mismo. Añádase a esto documentos oficiales, una bitácora, retazos de las memorias de personas que conocieron a El Supremo, selecciones de las biografías que se le dedicaron (incluyendo una escrita por Thomas Carlyle), las notas a pie de página, iluminantes, proporcionadas por la traductora Helen Lane (deberían pasar a formar parte de la edición en español) y las respuestas, estremeceadoramente ingenuas, dadas por los escolapios a la pregunta gubernamental: ¿Cómo ves la Imagen Sacrosanta de nuestro Supremo Gobierno Nacional? "El Supremo Dictador tiene mil años como Dios y lleva zapatos con hebillas de oro bordadas y ribeteadas en piel", contesta la alumna Liberta Patricia Núñez, de diez años de edad: "El Supremo Dictador es el que nos dio la Revolución. Ahora manda porque quiere y para siempre", escribe otro escolapio. Amancio Recalde, nueve años de edad, Roa Bastos posee un talento especial para revelarnos, en un relámpago, el abismo cultural latinoamericano. La elite venera la modernidad, el progreso y la ley. El pueblo venera a las deidades de la selva. La tradición legal romana es uno de los componentes más rectos de la cultura latinoamericana; de Cortés a Zapata, sólo creemos en lo que está escrito y codificado. Pero al lado de esta fe, hay otra que acepta el poder de un cacique capaz de estomudar tres veces para volverse invisible.

Suspendido entre Voltaire y Moctezuma, el Dictador Eterno llena el desesperado vacío entre la razón y la magia, entre la ley y la práctica. Lo hace mediante el capricho y la represión: "Los problemas de meteorología política fueron resueltos de una vez para siempre en menos de una semana por los pelotones de ejecución", pero también mediante la reforma (el dictador priva al clero de la riqueza y el poder acumulados durante la era colonial); pero, sobre todo, lo hace gracias a la convicción de que él debe hacerlo que hace, y hacerlo como mejor le parezca, porque si no lo hace él, no lo hará nadie. Sin proponérselo, El Supremo revela que está ocupando el espacio de una sociedad civil, débil o inexistente. Pero en vez de nutrirlo, hace suya la trágica conclusión de la hubris: soy indispensable, luego soy historia. "Yo no escribo la historia. La hago. Puedo rehacerla según mi voluntad, ajustando reforzando, enriqueciendo su sentido y verdad".

Escribir y reescribir la historia: en ello estriban la grandeza y la servidumbre de El Supremo. A su pueblo le ofrece una Utopía enferma, en la que el orden es un fin en sí mismo. Paraguay, bajo Francia, fue indudablemente un lugar tranquilo. También lo son los cementerios. La grandeza del personaje es que, al cabo, no tiene otra manera de acercarse a la historia sino escribiéndola: sólo así puede rehacerla, ajustarla, enfatizarla o enriquecerla. Dice que puede emitir una "circular perpetua", una especie de úkase metafísico para todos los siglos. Pero es dolorosamente consciente de lo que le espera: es dueño, casi, de una conciencia trágica. Sabe que él mismo es una ilusión: "La quimera ha ocupado el lugar de mi persona". No es capaz de



controlarlo todo. Y lo sabe también: "Lo que sucede es que nunca uno llega a comprender de qué manera nos sobrevive lo hecho". No puede decir, como el Kurtz de Joseph Conrad: "El horror, el horror". El personaje de Corazón de Umbrelas ha ejercido el poder sobre la nada: este es su horror y la conciencia de su horror. El interés humano de la criatura de Roa Bastos consiste en habernos ofrecido, lejos del estereotipo acerca del dictador latinoamericano, a un hombre en pugna consigo mismo: un monstruo bendecido con una especie de libertad barroca. Puede sentirse irremplazable y, al mismo tiempo, concebir su propio cadáver como unos cuantos restos dentro de un viejo cartón de fileos -donde, en efecto, termina-.

A El Supremo no le gustan los escritores. Le gustaría, en cambio, encogerlos y arrugarlos a fin de meterlos dentro de una botella. Sin embargo, mientras le da batalla a las palabras que prolongarán su vida más allá de sus hechos. El Supremo depende cada vez más del otro paraguayo, el novelista Roa Bastos. Es éste quien mantiene la perversa humanidad del despota mediante palabras, historias, papeles y, sobre todo, mediante imágenes y metáforas. En una parte del libro, el dictador, siendo niño, es remando río abajo en una canoa por un hombre que dice ser su padre y que lo lleva a la Universidad en Córdoba. Esta imagen de la humanidad de El Supremo contrasta con la descripción de su poder escenificado en el mismo río. Un prisionero político es condenado a remar para siempre. Puede detenerse en sitios predeterminados para recoger sus alimentos. Pero enseguida debe volver a remar río abajo o río arriba. Incesantemente. "Es una sola entera mata de pelos cuya cola de más de tres metros se arrastra en la corriente mientras boga". Mientras tanto, tres acólitos portan cirios encendidos que ni la lluvia ni el viento pueden apagar. Un viejo cacique evita la blanca lepra de la luna y camina con bujías encendidas en su sombrero. Los junetes paraguayos cargan, desmontan, ensillan y desensillan vuelven a la carga y le arrancan lanzas a la tierra. Una cabeza es exhibida dentro de una jaula de fierro y la ropa de El Supremo se vuelve roja a la luz de un sol repentino que aparece en el cielo, mágicamente deteniendo el viento y la lluvia. "Crucé la Plaza de Armas, seguido por un creciente gentío que vitoreaba mi nombre".

El Supremo entra, esta vez para siempre, a Asunción, "esta roja Jerusalén sudamericana". Los papeles sobrevivieron, pese a las ratas y el fuego que por poco los consumen pocos días antes de la muerte de El Supremo.

Augusto Roa Bastos ha sobrevivido a todos los tiranos del Paraguay, del Doctor Francia al general Stroessner, para alcanzar la edad de Cervantes, que tiene todas las edades.

Los temas de este gran autor hispánico son el yo y el otro, el destino individual y el destino histórico visto como destino compartido. Roa Bastos sabe que sólo puede tratarlos escribiéndolos. Al escribir la novela, escribe la verdadera historia, y al escribir la historia, escribe una vida que sólo puede ser nuestra si asumimos la responsabilidad de comprender la vida del otro. Este esfuerzo convierte a Roa Bastos en un gran escritor de la imaginación del poder en su lucha constante con el poder de la imaginación.

Nada más ajeno, más distante, más otro, si de eso se trata, que este dictador monstruoso, encerrado en la prisión que ha mandado construir al tamaño de un país, pero en la cual él mismo es prisionero. Entender al monstruo que ejerce el poder en nombre de los ciudadanos que son el origen verdadero del poder, es la misión que Roa Bastos se propone cumplir. El escritor crea a una sociedad mediante el lenguaje. Recobra las palabras para la sociedad civil, se las arrebató paso a paso al poder abstracto de Yo, El Supremo, de todos los supremos, para entregárselas a un vasto Nos-otros.

**CARLOS FUENTES. 1928** novelista mexicano. Combina el realismo con innovaciones experimentalistas. Ha publicado «La Muerte de Artemio Cruz» (1962), «La Región más Transparente» (1958), entre otras.